

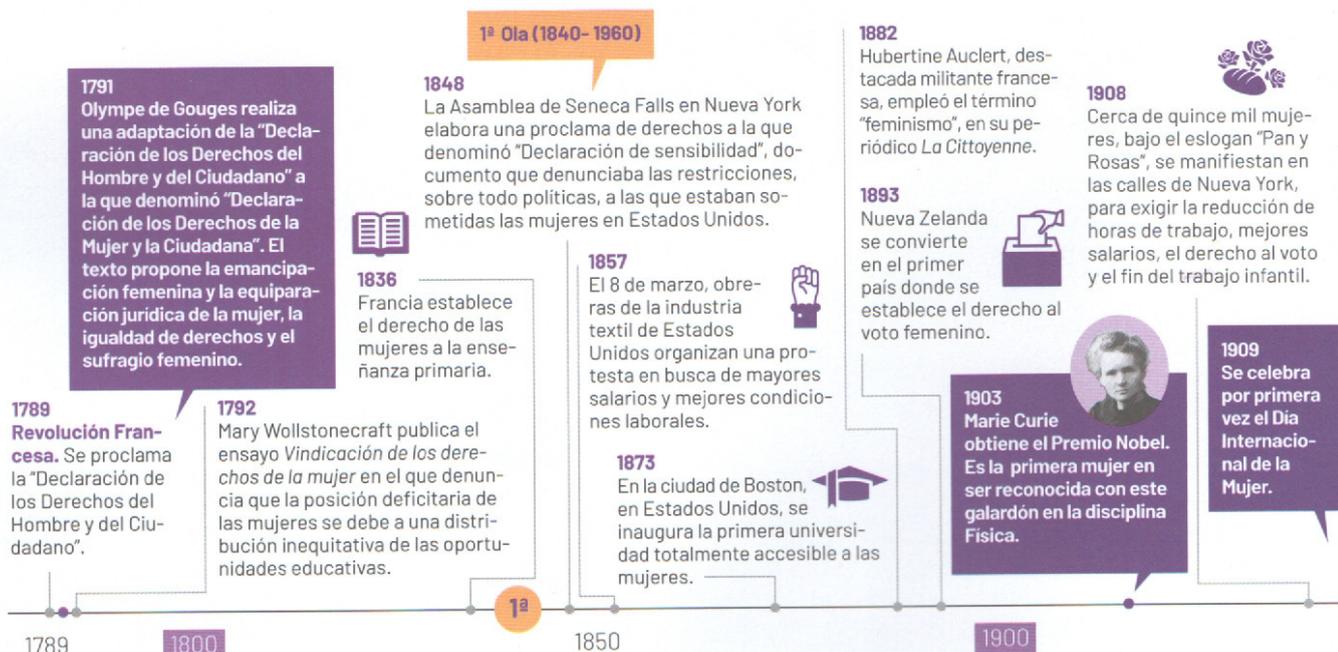
Las tres olas del feminismo

La histórica lucha por la igualdad

Dora Barrancos

Si bien hubo experiencias anteriores, se considera que la primera ola del feminismo comenzó en el siglo XIX. Desde entonces tres ciclos de intensas luchas por alcanzar la igualdad de derechos entre hombres y mujeres vienen cambiando una sociedad donde la dominación patriarcal sigue muy arraigada.

Hacia la emancipación



Fuente: Elaboración propia.

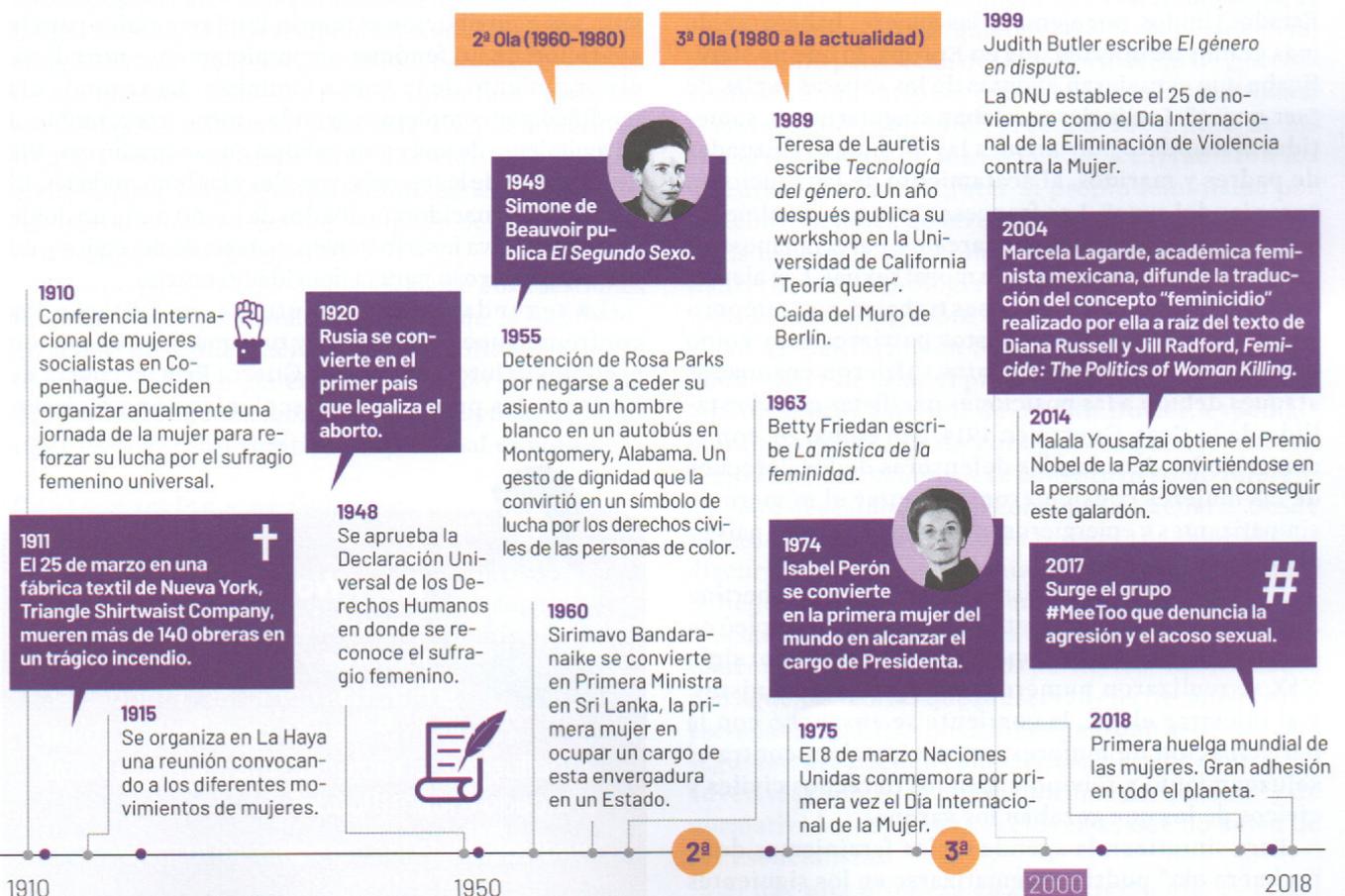
El feminismo es una corriente de acción política cuyo propósito central es obtener derechos para las mujeres en igualdad con los varones. En rigor se impone el plural “feminismos” debido a las enormes variaciones alcanzadas por las experiencias de los colectivos reivindicativos, a la diversidad de sus programas y a las formulaciones locales de su desarrollo más allá de que se identifiquen por sostener la inexorable equidad entre los sexos.

Las agitaciones que condujeron a sostener programas feministas surgieron, como mucho, a fines del siglo XVIII, pero conviene reservar el concepto para las acciones decididamente orientadas a la conquista de prerrogativas ocurridas durante el siglo XIX. La historiografía ha subrayado el decisivo empujamiento de los feminismos a partir de 1840, apuntando a las características de sus primeras adherentes, por lo general mujeres que habían tenido mejores oportunidades educativas. Entre los fenómenos precursores que culminaron con la creación de la agencia feminista se encuentran los vinculados con la extinción de la esclavitud de la población negra. Es bien conocida la actitud de muchas mujeres que pasaron a identificar su situación de modo especular con la de la población esclava, y que el movimiento abolicionista enraizó con el reclamo por la liberación de las mujeres sometidas a padres, hermanos o maridos.

No pueden eludirse las referencias a dos figuras conspicias de fines del siglo XVIII que contribuyeron a moldear las expectativas que fluyeron medio siglo más tarde: la francesa Olympe de Gouges y la inglesa Mary Wollstonecraft. Entre sus múltiples aportes, el legado más importante de Olympe fue la adaptación que realizó en 1791 de la “Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano” aprobada dos años antes y que denominó “Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana”. Mary Wollstonecraft, por su parte, en 1792 publicó su ensayo más notable: *Vindicación de los derechos de la mujer*, ganándose un lugar entre las precursoras del feminismo. Si bien Mary estuvo lejos de elaborar un programa reivindicativo para las mujeres, su ensayo mostró las primeras trazas del fondo de la cuestión: la posición deficitaria de las mujeres no se debía a una circunstancia inherente al sexo, sino a una distribución inequitativa de las oportunidades educativas.

La gesta

Las feministas de la llamada “primera ola”, es decir del primer ciclo que examinó las causas del sometimiento de las mujeres y actuó de diversas maneras para revertirlo, tejieron redes colectivas desde 1840. La asamblea de Seneca Falls (Nueva York) en 1848 se constituyó en un hito debido a la proclama de derechos que planteó la “Declaración de sensibilidad” elaborada en la reunión gracias →





Olympe de Gouges

"La mujer nace libre y debe permanecer igual al hombre en derechos [...]. La ley debe ser la expresión de la voluntad general; todas las ciudadanas y ciudadanos deben contribuir, personalmente o por medio de sus representantes, a su formación".

Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana, 1791.

→ a la labor de Lucrecia Mott, Elizabeth Cady Stanton y Jane Hunt, entre otras. La Declaración sostenía como "verdad evidente: que todos los hombres y mujeres son creados iguales; que están dotados por el Creador de ciertos derechos inalienables, entre los que figuran la vida, la libertad y el empeño de la felicidad; que para asegurar estos derechos son establecidos los gobiernos, cuyos justos poderes derivan del consentimiento de los gobernados". Fue firmada por un centenar de participantes, entre los cuales un 30% eran varones.

La forja de una identidad feminista resultó siempre difícil, aunque no era ese el nombre con el que se identificaban las militantes. Las adversidades desde luego tuvieron que ver con los ambientes de inserción. En Estados Unidos, por ejemplo, las mujeres habían tenido más grados de libertad que en Europa, lo que no significaba que estuvieran exentas de las severas reglas de "ser mujer". Las inglesas estaban singularmente sometidas al mandato patriarcal, a las fórmulas sojuzgadas de padres y maridos, al acatamiento de las funciones "propias del sexo". Las francesas, aunque igualmente sometidas a las normas patriarcales, parecían mostrar líneas de fuga en términos de moral sexual. Las alemanas, especialmente de las clases trabajadoras, tampoco se libraban de los presupuestos patriarcales, y como las austríacas socialdemócratas sufrieron enconados ataques debido a las posiciones pacifistas con el estallido de la Gran Guerra en 1914. Sin embargo, con el correr de las décadas, las defensoras de los derechos de las mujeres consiguieron aumentar el número de simpatizantes y emergieron en la mayoría de los países, al menos occidentales.

El concepto de "feminismo" se atribuye a Hubertine Auclert, destacada militante francesa que lo empleó en su periódico *La Cittoyenne* en 1882. A fines del siglo XIX se realizaron numerosos congresos feministas, y al iniciarse el XX, la corriente se ensanchó con la participación de mujeres que reclamaban contra el sojuzgamiento y reivindicaban los derechos civiles y cívicos de los que gozaban los varones.

Para sintetizar, la agenda de los feminismos de la "primera ola" podría sistematizarse en los siguientes cuatro aspectos: 1) igualdad jurídica toda vez que las normas inferiorizaban a las mujeres; 2) conquista del

derecho a votar y a ser votada, tal como habían logrado los varones en la mayoría de los países; 3) garantía del derecho a la educación bajo cualquier circunstancia, y 4) reconocimiento de la maternidad, aspecto acentuado en las primeras décadas del XX cuando las diversas manifestaciones feministas reclamaron asignaciones estatales según el número de hijos.

Un feminismo renacido

El feminismo vivió un relativo estancamiento durante los años de la Segunda Guerra Mundial y los posteriores. El retorno a las antiguas urgencias vindicativas tal vez se explique por el hecho de que en la mayoría de los países occidentales se habían ganado reformas sociales y jurídicas que habían permitido una cierta mejora del estatus de las mujeres. Pero esa adaptación era una renuncia a la completa emancipación. En este contexto, la aparición del libro *La mística de la feminidad* de Betty Friedan en 1963 sirvió como un sacudón a la adormecida conciencia feminista, aunque no puede descartarse la influencia de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, cuya traducción al inglés ocurrió en 1953. Sin embargo, como manifestó la propia autora en una entrevista en 1976: "La mayor parte de las mujeres que se volvieron activas en el movimiento eran muy jóvenes cuando el libro fue lanzado, en 1949-50, para ser influenciadas por él. Lo que me halaga, claro, fue que ellas lo hayan descubierto más tarde".

Más allá del número de lecturas a Friedan o a Beauvoir, sus contribuciones fueron fundamentales para la aparición de un fenómeno completamente novedoso: el surgimiento de la teoría feminista. La segunda ola modificó por completo la agenda y tornó irreprimible el advenimiento de una epistemología que se irradió más allá de la cantera de las ciencias sociales y las humanidades. El feminismo renacido a mediados de los 60 tenía un doble lazo: una nueva inscripción en materia de derechos y un esfuerzo vigoroso para la densidad teórica.

La segunda ola fue impetuosa, no faltaron las confrontaciones estridentes y tuvo mucho que ver con el contexto internacional: la Guerra Fría, la guerra de Vietnam, los procesos de descolonización y las insur-



Mary Wollstonecraft

"Las desigualdades entre los hombres y las mujeres son tan arbitrarias como las referidas al rango, la clase o los privilegios; todas aquellas que el racionalismo ilustrado había criticado e identificado".

Vindicación de los derechos de la mujer, 1792.



Simone de Beauvoir

"Mientras no se haga realidad una perfecta igualdad económica en la sociedad, y mientras las costumbres permitan a la mujer disfrutar como esposa y amante de los privilegios que corresponden a algunos hombres, el sueño de un éxito pasivo se mantendrá, frenando su propia realización".

El Segundo Sexo, 1949.



Betty Friedan

"Una mujer está en desventaja por su sexo, y los obstáculos de la sociedad, tanto si cumple servilmente el patrón masculino en el ámbito profesional, como si se niega a competir con el hombre".

La mística de la feminidad, 1963.

gencias generacionales a las que obligaban las rancias formulaciones del sistema universitario.

Entre las grandes modificaciones experimentadas por la agenda que había regido durante un siglo, es necesario subrayar ciertos ejes: 1) el abandono de la clave maternalista y la consagración del reconocimiento del cuerpo sexuado femenino con independencia del propósito reproductivo; 2) el reconocimiento y la celebración del deseo sexual, la elucidación teórica en torno de la cuestión y el franqueamiento a las experiencias homoeróticas; 3) la descripción del sistema patriarcal como violento y responsable de diversas manifestaciones de agresión, desde las formas simbólicas, hasta los modos fácticos de acoso y los ataques a la integridad sexual y física. La lucha contra la violencia se situó en la cima de los programas enunciados por diversos feminismos, una alteración completa del orden de las reivindicaciones del pasado.

Pero no pueden dejar de mencionarse dos cuestiones fundamentales que instaló la segunda ola: la "desbiologización" de la diferencia sexual y la politización de la identificación sexo-genérica. Otro legado fundamental de la notable agenda feminista que ocupó las décadas 1960-1980 es la aseverativa "lo personal es político".

Controversias y escisiones

Aunque los núcleos feministas tendieron a formar composiciones heterogéneas, hubo controversias y escisiones. Uno de los primeros quiebres surgió ante el diagnóstico de una perspectiva dominada sobre todo por mujeres "blancas, protestantes y de clase media" como ocurrió en Estados Unidos. Fuera de ese país también se registraron malestares. Tal es el caso de América Latina, donde si bien la recepción de la segunda ola había significado un notable estremecimiento –desplazado temporalmente debido a las dictaduras de la región–, no pudieron evitarse los coletazos frente a la centralidad europeo-estadounidense atribuida a la teoría feminista. La idea de exhibir otras manifestaciones acordes con las diferencias étnicas y

de clase fue incorporándose como una contestación a lo que parecía un régimen decididamente no inclusivo del movimiento de mujeres.

Pero si estos disensos fortalecieron los "feminismos de diáspora", un punto fundamental de la diatriba se estableció en torno de la convencional aceptación heterosexista, marca registrada de la clásica "teoría feminista". Es muy difícil precisar el momento de producción de lo que fue encrespándose como "tercera ola" y la discusión permanece abierta. A mi juicio, el cauce fue iniciado por quienes retaron la perspectiva, ínsitamente patriarcal, de la conformación de géneros anclada en valoraciones excluyentes de la sexualidad. A mero título conjetural, creo que fue a fines de los años 70 e inicios de los 80 cuando se irradiaron los discursos dirigidos a retar al propio feminismo por sus convenciones generizadas heterosexistas.

Es necesario mencionar los aportes de Teresa de Lauretis, su "tecnología del género" (1989) y sobre todo su workshop sobre "teoría queer" en la Universidad de California en Santa Cruz en 1990. Y no se puede dejar de citar el pionerismo de Monica Wittig y la obra fundamental de Judith Butler, especialmente *El género en disputa* (1999) que levantó un reguero de discusiones y se constituyó como referencia para desestabilizar el concepto de género. Desde luego, forman parte de esta tercera ola también las discursividades pos-coloniales con sus denuncias a la hegemonía del feminismo euroamericano, a sus asociaciones con propósitos imperialistas y a las capitulaciones de los feminismos periféricos identificados con aquellas teorías que preservan ciertos universales esencialistas. Estas posiciones guardan aspectos que seguramente pueden compartirse, pero hay que estar advertidas sobre las nuevas formas de "pureza" y de normatividad feminista excluyente, que no dejan de ser esencialistas.

Si hay una promesa en esta tercera ola, es la del inmenso arco de registros teóricos y de acción política para clausurar la dominación patriarcal. ☉